

Juan María Alponente

LA IGUALDAD ANTE LA LEY: LA ISONOMÍA

Quizá, por ello, el ensayo griego de la convivencia hunde sus raíces en una memorable materia existencial: la certidumbre ética. Ninguna proposición de la Polis helénica es tan poderosa como el descubrimiento de la *isonomía*. Ese vocablo, conformado por dos voces de excelencia –igualdad y norma– harán de la *isonomía*, esto es, la igualdad ante la ley, el fundamento mismo de la democracia que, en mi proyecto es, sin más preámbulos, la convivencia vinculada al Derecho, a la Ley, por encima del Príncipe y de la turbulencia, impositiva, de la violencia en la calle. La convivencia, pues, contra la sobrevivencia. Siempre que aceptemos –el mundo cambia y lenta y contradictoriamente, pero discurre hacia adelante– lo que antes se señala: la mujer quedaba al margen, los esclavos también y los grupos de emigrantes. Los metecos, igualmente. Es sobrecogedor el áspero camino que, aún, tenemos por delante.

Sin embargo, la *isonomía* es, sin duda, la clave esencial de toda proposición que tenga, como fundamento, la vida en común. Ser *isonómicos* no consiste en postular la “igualdad”, como demagogia, para una fiesta electoral. Es, al revés, profundizar la convivencia sobre la presunción de que el ser humano –distinto, complejo– es una persona, indivisible, cuya raíz básica es inseparable de la vida con los demás, con el otro. El ser humano, la persona, está obligada, éticamente, a la alteridad, a la fusión con el otro y, por tanto, a la convivencialidad y no a la sobrevivencialidad. Hobbes, en el fondo, lo precisó en su idea del hombre como posibilidad anti-social. Sabía, en el fondo, que era preciso el acuerdo, el consenso. Pero ¿cómo encontrarlo desde la inexistencia de la igualdad ante la ley?

Puede entenderse, por esa razón, la crisis aristotélica, patente y eludida, expresada y angustiosa, de que el centro mismo de la Polis griega transportaba consigo la máxima injusticia: la existencia reconocida, aceptada e institucional, de la esclavitud. El historiador Moses I. Finley ilustra, dramáticamente, el tema. Dice que han existido cinco sociedades esclavistas: la Grecia clásica de los siglos V y VI antes de Cristo; el mundo

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

romano al fin de la República y del Alto Imperio, es decir, primer siglo antes de Cristo y II siglo después de Cristo; Estados Unidos antes de la Guerra Civil y las Antillas Coloniales y Brasil hasta que, en 1888 suprimió la esclavitud y se fundó, ese día, *no per accidens*, la República. Existía, también, en la Europa medieval, “comercio de esclavos con la bendición de la Iglesia”¹⁷.

También, en ese espacio trágico de las contradicciones, quizá sea válido y necesario advertir qué máscara, en el lenguaje teatral griego, era “persona” y que los personajes detrás de la *maschera* viven esa doble dimensión. Epicteto lo tradujo, al lenguaje cotidiano, sin demasiados remilgos o sin equívocos: “Recuerda que tú no eres otra cosa que el actor de un drama que será breve o largo según la voluntad del poeta y si a éste le place que representes la persona de un mendigo, trata de representarlo en forma adecuada. De igual manera, si te es asignada la Persona de un cojo, de un magistrado o un hombre común...”.

Es inútil decir que esa proyección de la máscara y la persona provocaron, en el mundo griego, un inmenso debate filosófico. El vocablo griego *prosopon*, –persona– en consecuencia, supuso el delirio o, inclusive, disputas que se culminarían, teológicamente, en el Concilio de Nicea en el año 325.

No obstante, la invención del concepto de la palabra libre posee, en el idioma de los grandes dramaturgos griegos –que serían los “primeros actores” en la expansión de la palabra como palenque educativo sin la censura teológica– una significación etimológica explícita. Eurípides¹⁸ utilizó ante el público, a veces con frenesí, la palabra parrhesia –libertad de expresión– que conmocionaba a los públicos. En las 18 obras suyas que han sobrevivido aparece también, como en Medea, el personaje social llamado mujer. La revolución cultural inherente al teatro fue un hecho social. El tránsito del ágora al *theatron* (etimológicamente lugar donde

¹⁷ “**L’Église, le marchand et l’esclave**”, Olivier Petré-Grenouilleau, profesor de la Universidad de Bretagne-Sud. L’Histoire Número 280, october 2003.

¹⁸ Poeta griego trágico. 480-400 antes de Cristo.

Juan María Alponente

se mira) convirtió la *skene*, el escenario, en un diálogo inimitable con los ciudadanos. Tema, sin duda, apasionante en términos de *paideia*, educación y ejercicio de la razón.

En una de sus obras, la reina Polynice preguntó a su hijo cuál es el peor sufrimiento en el exilio. La respuesta nos llega impávida y sin resquicios para la simulación:

—“La ausencia de libertad”.

Los espectadores oían a la reina, repentinamente melancólicos, responderle así: “Esa es la suerte de los esclavos que no pueden decir lo que sienten”. Terrible frase, me sobrecoge escribirla.

Heráclito, el oscuro, a su vez, —se echaba al mar, pero guardaba la ropa— ilustra ese espacio en tensión dialéctica. Mientras Eurípides, descubría a la mujer, Heráclito (hacia el 540 antes de Cristo) defendía a los tiranos, pensando, como un día Hobbes, que era imposible gobernar desde la *parrhesia*. Sin embargo, nos ha dejado paradojas lúdicas admirables que nada tienen de oscuras. Véase esta: “Los asnos siempre preferirán la paja al oro”.

Eurípides, por su lado, a los espartanos del régimen militar les apostrofaba: “Oh, los peores mortales que ha visto la raza humana. / Hombres de Esparta, malos consejeros, / señores de la mentira / constructores del odio...”.

Parménides, anticipando a Descartes, decía: “La certidumbre es el método que acompaña a la verdad con el mismo paso”. Añadía, siglos antes de Descartes: “No hay diferencia entre el Ser y su Pensamiento”.

Heráclito tuvo mala suerte. Solo y enfermo se encerró en un establo y se hizo embadurnar de estiércol pensando que su humus, bajo el sol, curaría sus enfermedades. Fue devorado por los perros. No era tan oscuro, *ho skoteinos*.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

No es el propósito de este trabajo perdernos en esa *disputatio* teológica, sino reafirmar que la codificación ética de la *isonomía*, recupera, con la igualdad ante la ley, a la persona; no a la máscara, no al teatro. El cambio es radical. Millones, aún, no lo saben. Viven en el Leviatán o, si mejor se quiere, conviven, con ese animal prehistórico del Libro de Job.

Si esa reflexión es válida debería admitirse, a su vez, que la *isonomía* no llegó sola, aislada, huérfana de la voluntad crítica de construir, en la Hélade, la convivencia. Me refiero, sin más, a un hecho deslumbrante y, por ello, iluminador: que la *isonomía* nació vinculada, en la misma marea pedagógica, a la *isología*¹⁹, es decir, a la proposición griega de la libertad de la palabra y, por tanto, de la libertad de opinión.

Entrelazo, como insustituibles, los dos términos. Cabe decir, pues, que un proyecto real de convivencia, no de sobrevivencia, insisto en ello, es impensable, a la vez, sin la existencia de la igualdad ante la ley y sin la libertad de expresión. Muchos pueblos, muchas sociedades, en el siglo XXI, todavía no pueden hablar de *isonomía*. En consecuencia, difícilmente pueden hablar de convivencia. Menos, aún, que hayan alcanzado la *isología*, es decir, la libertad de la palabra. Se negó, siempre, en las sociedades totalitarias; no se puede admitir que persista la mordaza, el silencio, jurídica y políticamente, en los pueblos que han sido separados del desarrollo por la desigualdad internacional y el subdesarrollo o, simplemente, por la tiranía.

Es inútil decir que la literatura griega y la dramaturgia de los siglos IV y V antes de Cristo, están apremiadas, traspasadas y determinadas, pese a los sofistas, por la aventura socrática de pensar y ser. Sófocles (495-406 antes de Cristo) había anticipado ya, en su drama, *Antígona*, los fundamentos de un diálogo democrático moderno. En efecto, el diálogo entre Creón, rey de Tebas y su hijo Hemón, delata una aventura del existir convivencial. Véase:

¹⁹ Isegoría escribió, también, Heródoto.

Juan María Alponte

Creón: Antígona (prometida de Hemón) ¿no ha quebrantado la ley?

Hemón: El pueblo de Tebas no está de acuerdo contigo.

Creón: ¿Quieres tú que la Ciudad (la Polis) me dicte sus órdenes?

Hemón: Eres tú quien, ahora, se muestra pueril (lo dice porque, antes, su padre le había preguntado si aspira a enseñarle, a él, la sabiduría).

Creón: ¿Debo gobernar como quieren los otros o como yo quiero?

Hemón: Una Ciudad gobernada por un solo hombre no es,
enteramente, una Polis²⁰.

Creón: ¿El Estado no pertenece al que gobierna?

Hemón: Tú puedes gobernar, sin duda alguna,
en un desierto deshabitado.

Sófocles con Antígona, tuvo tal éxito teatral –sería difícil asumir su significado, aunque parezca extraño, en nuestros días donde la Edad de la Información difícilmente exaltaría un caso semejante– que el pueblo le eligió como “estratega”. Cabe decir, para medir la presencia de la *isonomía* y la *isología*, que en algunos Estados griegos, los “estrategas” eran los Jefes de los Ejércitos, pero en Atenas esa institución era de otra índole y mayor. En Atenas estratega era el Primer Magistrado que formaba un consejo, colegial, integrado por 10 miembros. El hecho de que el pueblo, oyente, teatral, eligiera a Sófocles para una Magistratura de la Ciudad-Estado revela un tipo de sociedad convivencial; no autoritaria. Pensaba, pues.

Cabe discutir, e inclusive disenter, cómo y de qué forma una escuela griega que se llamó Pórtico Estoico, nos aportó otra lectura vital para la convivencia: la paz en el alma, la impasibilidad o “*ataraxia*”. El conocimiento no fue el fin en sí para Epicuro –341 antes de Cristo– sino un remedio terapéutico que proporcionaba, al tiempo, cuatro posibilidades como remedios perdurables: a) que Dios no era de temer; b) que la muerte no es algo terrible; c) que el Bien es fácil de obtener, y d) que el mal es fácil de evitar.

²⁰ Polis puede traducirse como **Ciudad**, pero la palabra conlleva consigo la idea de **Asamblea de Ciudadanos**.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Enorme proposición. La transporte, a la letra, como breve síntesis pedagógico-política. En lo real, la igualdad ante la ley, la libertad de expresión, la equidad y el concepto de la legitimidad de la ley son formulaciones indispensables en la batalla por el Estado de Derecho.

Hemos olvidado, de la misma forma que hemos abandonado, en las viejas escuelas, como pasado arqueológico, el latín y el griego y, en consecuencia, abandonamos, en el camino, la memoria de esa doble conquista conceptual definida en la *isonomía* y la *isología* como derechos básicos. En consecuencia, a la hora de discernir el largo itinerario, oscuro y fatigoso hacia la dignidad de la persona (no hablo de máscara o *prosopon*) no podemos dejar atrás los eslabones básicos de los derechos humanos. Esos eslabones filosóficos, literarios, dramatúrgicos, son bastiones, sustantivos, de un enunciado crítico: que no se puede hablar de derechos humanos aisladamente. Constituyen un todo específico, concreto, objetivo: la realidad social y su grado concreto de evolución. De ese largo, difícil y complejo itinerario emerge este proyecto de trabajo: descubrir la raíz de un cuestionario donde los Derechos Humanos definan, se quiera o no, el modelo institucional y jurídico-político, de una sociedad dada.